BIBLIOTECA NACIO
DE MAESTROS



«LA GIOCONDA»—CÉLEBRE CUADRO DE LEONARDO DE VINCI



LEONARDO DE VINCI

CERCA de cuatro siglos han pasado desde que la tumba se cerró sobre los despojos de Leonardo de Vinci; y, a pesar de ser reducido el número de sus obras aun existentes, la memoria de hombre tan excepcional vive y es honrada por la humanidad entera. Artistas, ingenieros, hombres de ciencia, poetas, músicos, filósofos, anatomistas, botánicos, todos a una, le proclaman grande y glorioso en sus respectivas artes o ciencias, quejosos únicamente de que no se hubiese consagrado por entero a la de cada uno de ellos en particular.

Así Ruskin, en uno de sus escritos, dice con benévola indignación: « Leonardo de Vinci malgastó su vida en trabajos de ingeniería, sin dejarnos apenas pinturas firmadas con su nombre.» A su vez los ingenieros, menos afanosos por cuadros que por artefactos de hierro o acero, se lamentan de que uno de los más grandes genios de todas las edades haya desperdiciado tanto tiempo de su vida manejando los pinceles, en lugar de haberse dedicado a tender puentes, construir máquinas o levantar grandes obras.

Indígnase el escultor contra la ingeniería y demás artes y oficios a que de Vinci consagró tanto tiempo, siendo tan corto el que invirtió en modelar mármoles y bronces. Los hombres de ciencia e inventores, por otra parte, consideran unánimemente a este genio inmortal como a su mayor precursor: un ser en cuyo claro cerebro germinó el embrión de mil innovaciones científicas, que habían de sucederse en el transcurso de los siglos. En una palabra, Leonardo de Vinci es considerado por todos como un genio universal.

No hubo ramo del saber humano en cuyo conocimiento no sobresaliese; ni ciencia demasiado difícil, ni problema por demás complicado, que él con su preclaro ingenio no penetrase; ni empresa harto ardua que no llevase a feliz término. Pocos hombres le han igualado; antes bien parecía haber reunido en sí todas las dotes y energías de muchas claras inteligencias, si hemos de dar crédito a las sorprendentes noticias que sobre él nos ha legado la Historia. En él vivía el espíritu de originalidad con igual vigor que en muchos hombres célebres el de imitación. Fué en el arte y en la ciencia lo que Julio César en la estrategia y en la política, y Homero o Virgilio en la poesía.

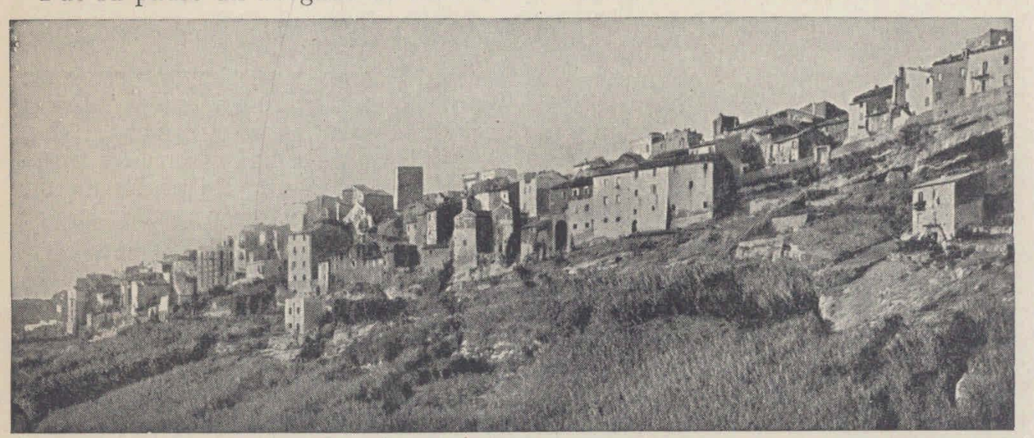
No obstante, y según ya hemos indicado, son muy escasas las obras que de tan insigne varón nos quedan. La mayor parte de sus pinturas se han deteriorado o han desaparecido por completo; sus estatuas quedaron sin terminar o se perdieron y extraviaron a consecuencia de las guerras. De sus obras de ingeniería resta sólo un glorioso recuerdo; los instrumentos músicos que

salieron de sus manos, quedaron reducidos a polvo; perdiéronse las maravillosas melodías que él compuso, con las vidas de los reyes y príncipes que las escucharon. Una sola cosa quedó intacta en medio de tanta ruina: su nombre, preclaro, sin sombras, inmortal; glorioso en el arte y la ciencia y poderoso en los dominios del invento científico. Los mismos sabios, al escribir del gran Leonardo de Vinci, confiesan unánimes que tan excelso genio rayaba en los límites de lo sobrenatural, sin que tuviesen parte en él las leyes de herencia.

Fué su padre un abogado de Florencia, y su lugar natal Vinci, aldea situada sobre una colina no muy distante de aquella ciudad. Nació Leonardo en el año 1452, en la época del renacimiento de las ciencias y de la cultura en Europa, después de la ignorancia y barbarie que habían reinado durante varios siglos; en una edad de oro, en la cual había de llegar a ser una de las más brillantes figuras. Aprendió las primeras letras en la casa paterna, y muy pronto viósele descollar sobre los otros niños de su edad, por su viva inteligencia. Con la misma facilidad que si se hubiera tratado de un juego, llegó a dominar la aritmética y la música, y por inclinación natural se dió al dibujo y a la pintura. Al observar tan extraordinarias facultades, dejóle su padre que las cultivara y desenvolviera a su albedrío, hasta que cumplió diez y ocho años, y entonces lo puso bajo la dirección y enseñanza de Andrés Verrocchio.

Era éste discípulo favorito de Donatello, y escultor célebre, que trabajó en la famosa puerta de la sacristía de la catedral de Florencia, por encargo de Lucca della Robbia. Verrocchio fué asimismo autor de la conocida y artística estatuita de David. La muerte le sorprendió esculpiendo el maravilloso Colleoni de Venecia, monumento ecuestre en que dejó sin terminar el caballo y sin empezar el jinete, que otras manos maestras habían de cincelar.

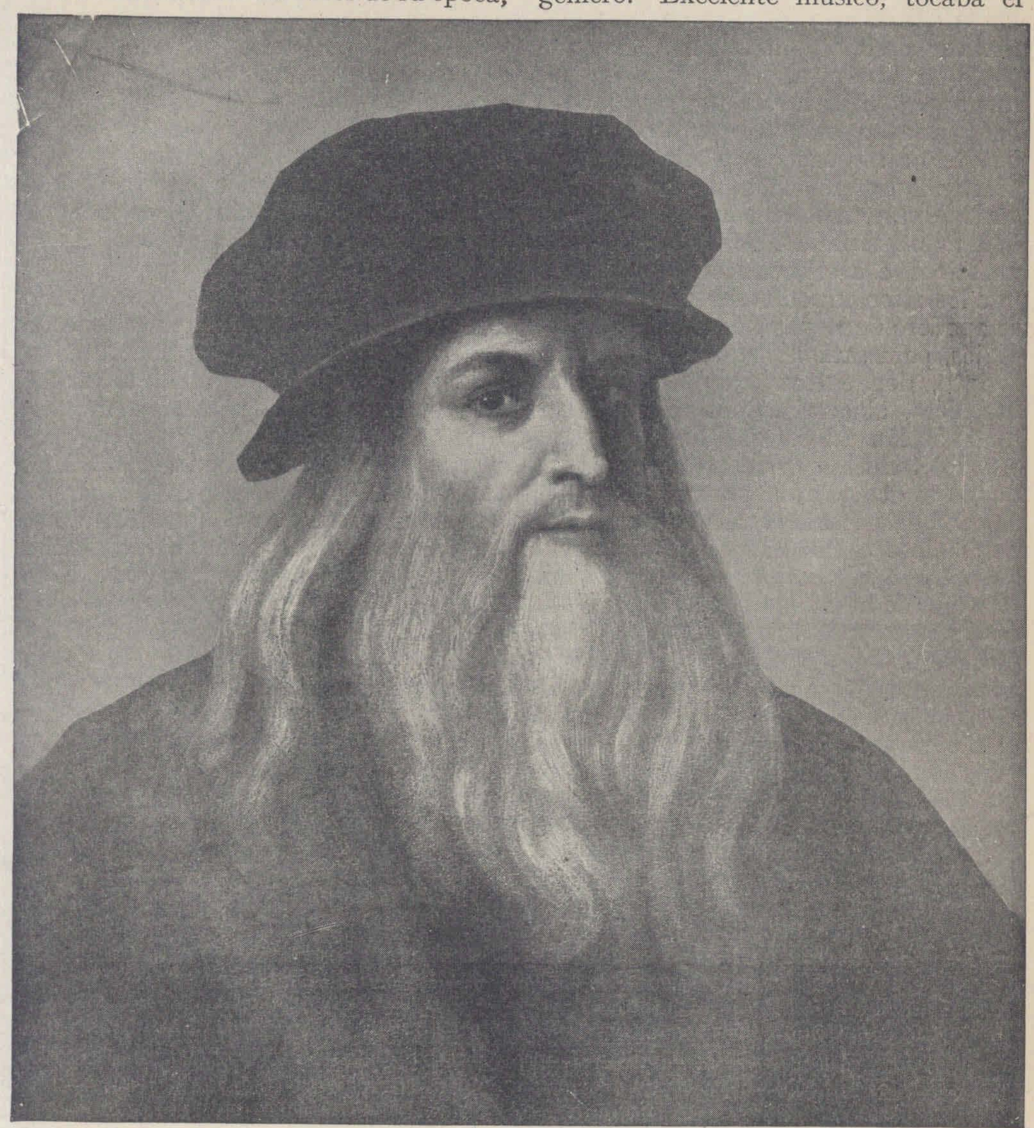
Verrocchio fué también excelente pintor, y de él nos ha quedado un notable cuadro que se conserva aún: *El Bautismo de Jesús*, obra estimadísima de los admiradores de Leonardo, pues tomó éste parte en su ejecución con arte y habilidad tal, que igualaba a su maestro, el cual le permitía por tal razón colaborar en sus obras pictóricas.



Vinci, pueblo cercano a Florencia, cuna de Leonardo.

No tardó en florecer el genio de Leonardo, y no satisfecho con el trabajo ejecutado en el estudio de su maestro, y sintiendo dentro de sí inmensas energías, dióles diversas direcciones y emprendió nuevas tareas artísticas. A la edad de veinte años era ya miembro de una sociedad autónoma de artistas en Florencia, con lo que demostró el gran pintor que podía prescindir de las enseñanzas de Verrocchio. A tan temprana edad ya había ejecutado varios

trabajos en mármol y en *terra-cotta*, y diversas pinturas y cartones para tapices. De estas obras escribieron con mucho entusiasmo hombres de su época;



Leonardo de Vinci, maestro inmortal de todas las artes.

pero, desgraciadamente, no queda de ellas el más leve vestigio. En una palabra, Leonardo era ya famoso, no solamente entre los aficionados al arte, como artista en general y pintor y escultor en particular, sino también entre los sabios, por sus investigaciones de los misterios de la Naturaleza, por sus inventos de gran trascendencia y suprema sencillez y por su destreza como ingeniero. Excelente músico, tocaba el laúd con inspirada maestría; fabricaba sus propios instrumentos y escribía las composiciones que ejecutaba. Hombre de ingenio universal, concebía brillantes cuadros, escribía bellas poesías, modelaba artísticas estatuas, construía diversas máquinas, sierras, etc., ideaba

y hacía ejecutar grandes obras para el riego de tierras estériles y levantaba poderosas fortalezas. En la mecánica presentó nuevas ideas, y al propio tiempo se dedicaba al estudio de las matemáticas, de la filosofía, de la astronomía y de la botánica. Pero una de sus mayores glorias fué la innovación que llevó a cabo en pintura y escultura, dotando a sus cuadros y estatuas de la plasticidad y realismo de la vida, tal cual palpita en el cuerpo humano.

Y no obstante, dueño de tales tesoros artísticos e intelectuales, y solicitado por los ricos y poderosos de Florencia, se apoderó de Leonardo la pasión de los viajes, para satisfacer la cual marchó a Egipto, donde estuvo empleado como ingeniero, al servicio del entonces llamado sultán del Cairo.

A los treinta años recorrió el Oriente, donde se dedicó a diferentes trabajos, y al cabo de dos años volvió a su patria, poniéndose a las órdenes de Ludovico Sforza, que entonces gobernaba a Milán. Era éste de humilde origen. Uno de sus ascendientes próximos había sido leñador; pero, dotado de ánimo resuelto y aventurero, había reunido un numeroso ejército de soldados mercenarios, al mando de los cuales peleaba por el amo que mejor le pagase, y lo mismo defendía a Milán, que provocaba en la ciudad serios conflictos. No desprovistos de dinero, los Sforza habían alcanzado fácilmente prestigio y poder, contraían matrimonio con hijas de las familias principales, adquirían territorios, dirigían y fomentaban a veces las artes y las ciencias, y otras las perseguían y destruían como bárbaros tiranos.

Uno de estos *condottieri* fué asesinado en el pórtico de la catedral de Milán, cuando Leonardo apenas tenía veinticuatro años, y le hubiera reemplazado en el mando su hijo, a no haber el tío de éste, Ludovico Sforza, aprisionádole, así como a su mujer, y tomado el gobierno en sus propias manos. Era este Sforza hombre malvado y sin escrúpulos; pero capaz e inteligente, y, no obstante haber muerto prisionero en país extraño, después de haber sido depuesto de su mando, su nombre no es del todo despreciable, por haber hecho cuanto pudo por fomentar y alentar las ciencias y las artes, satisfaciendo el anhelo de instrucción que por aquellos tiempos se sentía en Italia.

Extraño es sobremanera que Leonardo, hombre de tan portentoso ingenio, y de tan noble aspecto—pues tenía el rostro de santo y el continente de un monarca,—pusiese su talento a merced de tal personaje, y que le sirviese con tal solicitud y brillante éxito.

Aun se conserva la carta que el artista le escribió al tirano, pidiéndole trabajo en Milán. Menciona en ella Leonardo su experiencia como arquitecto, ingeniero, matemático, etc., y añade: «Puedo esculpir, lo mismo en mármol que en bronce o barro, y en pintura puedo hacer tanto como otro cualquiera, sea quien fuere.»

Esta última frase es digna del portentoso talento de Leonardo. Satisfecho Sforza con las seguras palabras de la carta, dió a su autor tal empleo cual nunca hasta entonces había cabido en suerte a hombre alguno. Hízole su ingeniero, arquitecto, matemático, escultor, pintor, y director general de obras científicas, mecánicas y artísticas, de suerte que a un mismo tiempo atendía a esculpir una estatua, pintar un cuadro, trazar un sistema nuevo de regadío y planear la fortificación de una ciudadela.

NOTABLES INVENTOS DE LEONARDO QUE FUERON OLVIDADOS

Trabajos de índole diversa ocupaban la atención y el tiempo de Leonardo, y así no era extraño que simultáneamente preparase un elegante baile de honor en la corte, inventase una sierra para cortar mármoles de Carrara, y discurriese el modo de imprimir fotografías valiéndose de la luz del sol—procedimiento que trescientos años más tarde habían de redescubrir Daguerre y sus asociados. Inventó asimismo la rueda de rayos con el cubo en el centro, más ligera y económica que las antiguas, pero este invento y el de una escopeta de vapor cayeron también en el olvido. No había ramo de la ciencia o de la mecánica que

Leonardo no dotase de nuevas ideas o descubrimientos. Un célebre historiador

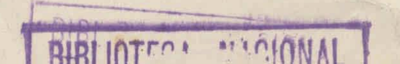


Una de las más bellas imágenes de Jesús—de un cuadro de Leonardo, existente en el palacio de Brera, Milán.

dice que los manuscritos inéditos de Leonardo de Vinci hablan de inventos y anticipos de futuros descubrimientos en unas cuantas páginas escritas con admirable y extraordinaria concisión. Durante quince años dedicóse Leonardo a la ciencia, a la poesía, a sus obras e inventos; y si hubiera existido entonces la imprenta, con sus escritos se podría haber formado una rica biblioteca. No

DE IZQUIERDA A DERECHA: LOS APÓSTOLES BARTOLOMÉ, SANTIAGO EL MENOR, Y ANDRÉS

DE IZQUIERDA A DERECHA: JUDAS, PEDRO Y JUAN



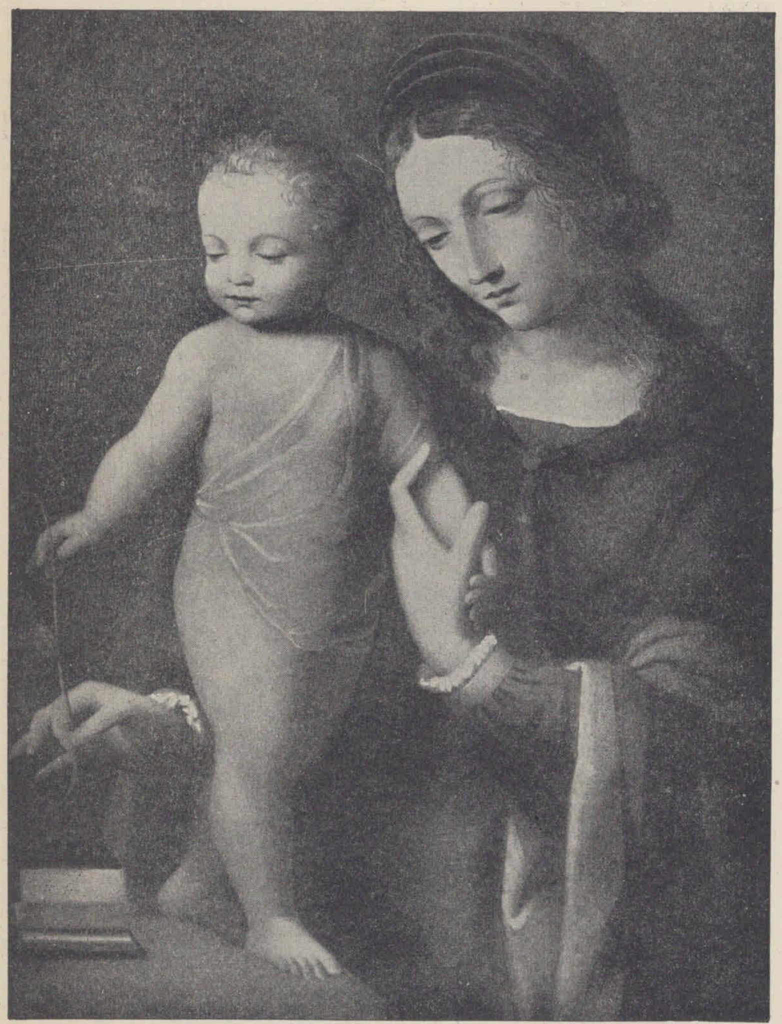
FRESCO DE LEONARDO DE VINCI

JESÚS EN LA ÚLTIMA CENA—DE IZQUIERDA A DERECHA: TOMÁS, SANTIAGO Y FELIPE

DE IZQUIERDA A DERECHA: MATEO, TADEO Y SIMÓN



siendo así, tan sólo podemos saborear algunos de sus grandes pensamientos, que él mismo dejó trazados en el papel, ocupado como estaba en grandes empresas y atrevidas obras.


La Virgen de los lirios, por Leonardo de Vinci.

LOS SOLDADOS FRANCESES ARROJAN A LEONARDO DE MILÁN

Además de dedicarse a la ingeniería, a la música y a la poesía, a la botánica y a la anatomía, era este portentoso genio el pintor y escultor de la corte, y, como tal, estaba en cierta época ocupado en esculpir una gran estatua para Sforza y en pintar para un monasterio de Milán un cuadro que representaba la última cena de Cristo con sus apóstoles. La estatua había de ser colosal, pues en ella debían entrar cien mil libras de bronce, y como éste faltase, quedó sin terminar. Únicamente fué acabado el modelo, que destrozó la soldadesca francesa cuando invadió a Milán, y arrojó de la ciudad al gran artista y a Sforza.

Esculpía Leonardo la estatua en la ciudadela, y el monasterio en el cual pintaba el cuadro mencionado, se hallaba en el extremo opuesto de Milán. Para ejecutar ambas obras, hacía curiosos y solícitos estudios y observaciones. Reunía grupos de gente que alimentaba a sus expensas, no solamente porque obrando así experimentaba satisfacción, sino también porque en tales tipos, vistos de cerca, hallaba preciosos datos para sus trabajos.

Fué Leonardo de Vinci el primer pintor que llegó a trazar con los colores de su paleta seres humanos dotados de sublimes rasgos, encarnando en ellos diferentes emociones y nobles ideas revestidas de belleza. Trabajaba desde el amanecer hasta la puesta del sol, absorto en su tarea y olvidado hasta de comer; y no era raro verle pintar horas enteras abstraído en su obra y rodeado de los monjes, que le contemplaban en

profundo silencio y sumidos en admiración. A veces, mientras estaba trabajando en el modelo de la estatua, ocurríasele repentinamente una idea, la cual apuntaba presuroso en el librillo de memorias que siempre llevaba en su ceñidor, y, antes que muriese aquélla en su cerebro, atravesaba de prisa y por el más corto camino la ciudad, para fijarla en el famoso cuadro que estaba pintando en el convento. Así transcurrían los años, y Leonardo, consciente de su obra, pintaba para la posteridad.



Otro bello cuadro de Leonardo: el Niño Jesús y su Madre.

HISTORIA DE UNO DE LOS CUADROS MÁS CÉLEBRES DEL MUNDO

Era el prior del convento hombre de cortos alcances, y a pesar de que Leonardo trabajaba debidamente en el cuadro, llegó a quejarse a Sforza, diciéndole que tan sólo faltaba una cabeza por terminar y que el pintor descuidaba el trabajo. Llamado e interrogado el artista por Ludovico, contestó que dedicaba al cuadro dos horas diarias. Repuso el prior fríamente que, muy lejos de ello, hacía más de un año que no parecía por el convento. Advertido Leonardo por Sforza replicó: « Es verdad que hace mucho tiempo que no he puesto los pies en el monasterio, pero no lo es menos que diariamente he consagrado dos horas al cuadro. Me falta terminar la cabeza de Judas; para darle los convenientes rasgos y expresión de maldad que deben caracterizarla, hace más de un año que frecuento diariamente los lugares sospechosos de la ciudad, donde se reune la gente del hampa, sin que hasta hoy haya dado con lo que me hace falta. Este es el último requisito necesario, y una vez encontrado, el cuadro estará terminado en un día. No obstante, si a pesar de mis intentos y pesquisas no hallo lo que busco, me contentaré con la cara del prior, que servirá perfectamente a mi propósito.

Y, si antes no me he inspirado en ella, ha sido por parecerme demasiado atrevimiento, hallándome dentro de su convento.»

Hízolo Leonardo como había dicho; terminó el cuadro, y es fama que el rostro del prior aparece en él sobre los hombros de Judas. Todos los grandes críticos declaran unánimemente que *La Cena* es una de las más valiosas pinturas que se han ejecutado, y la más completa, bella y perfecta. Posteriormente no quedó de ella más que una ruina que borrosamente se veía en las paredes del convento de Milán, descolorida por la humedad, estropeada por una puerta que en ella abrieron los monjes para llegar más pronto a otra habitación, y agujereada por clavos fijados en la pared para sujetar un escudo de armas. Luego, artistas de mal gusto fueron encargados de restaurarla, y no hicieron otra cosa sino estropear el original. Cuando, años más adelante, los soldados de Napoleón se instalaron en el monasterio, se divertían apedreando los rostros de los personajes. Una inundación llenó la estancia de agua, y allí quedó ésta hasta que por sí sola se evaporó. Mas, a pesar de tales vicisitudes, aun se pueden admirar hoy día las artísticas pinceladas de Leonardo, de marchitos colores, y en ellas viven todavía el profundo sentimiento y la maravillosa composición del gran maestro.



Artística cabeza de guerrero, por Leonardo.

Durante la ejecución del cuadro trazó Leonardo centenares de diseños para la obra, muchos de los cuales aun existen en museos y bibliotecas.

LEONARDO TRABAJA PARA LOS BORGIA

Invadido Milán por los franceses y hecho prisionero por los mismos el duque Ludovico Sforza, terminó de tal suerte su poderoso reinado. Entonces Leonardo se dirigió a Florencia y entró al servicio de César Borgia, uno de los más execrables monstruos de la Historia, hombre tan perverso, que su nombre es sinónimo de maldad. Y aquí es de admirar que un carácter tan noble como el de Leonardo se sometiese a las órdenes de tal amo; en nuestros días, hombres de las condiciones y categoría de nuestro biografiado no tolerarían asociación alguna con semejantes infames.

Un concienzudo escritor que ha estudiado minuciosamente a los grandes hombres de aquella época, en que se mostró tan brillante la florescencia del saber y de las artes, después de largos años de estancamiento y atraso, nos explica tal anomalía con las siguientes palabras: «Los ilustres varones de ese período poseían en alto grado la fuerza mental y las dotes creadoras, y difundieron por todas partes ideas nuevas y regeneradoras con incansable laboriosidad, hasta el punto de que en su comparación son pálidos los procesos de la civilización moderna. Dotados de talentos naturales más poderosos, su vigor

y empuje eran también más fuertes que los de la raza presente. Parecerá extraño que lo más delicado del arte en sus varias manifestaciones, lo más ideal de las creaciones del pintor, fuese reconocido y fomentado en medio de una sociedad cuya maléfica moral y torpe brutalismo nos son hoy día altamente despreciables y repugnantes. Y de este modo, si pudiésemos hoy tomar un hombre, tal cual lo produce nuestra civilización, y trasplantarlo a los días de Leonardo de Vinci, la misma brutalidad que no hacía mella alguna en los individuos de aquel tiempo, desconcertaría su sensibilidad y probablemente perturbaría su juicio.»

Y, si examinamos por nuestra parte la cuestión desde diferente punto de vista y paramos mientes en los crímenes de Sforza y de Borgia, veremos que no debieron parecerle más censurables a Leonardo que los de Benvenuto Cellini a los reyes y personajes eximios que a tan extraño y célebre hombre dieron empleo y protección. Llevó, pues, a cabo Leonardo sus mejores obras de ingeniería y de defensa militar, y otros muchos trabajos, para César Borgia, y sus mapas y planos, que hoy día se pueden examinar, nos dicen cuánto y cuán bien trabajó para aquel personaje tan tristemente famoso.

RIVALIDAD ENTRE LEONARDO Y MIGUEL ÁNGEL

Entramos ahora en el período más interesante de la vida de Leonardo, es decir, en los días en que había de probar las firmes palabras que sobre sus cualidades había escrito a Sforza.

Por aquel entonces había conquistado gran fama Miguel Ángel, que contaba unos veinte años menos que Leonardo, y era considerado como su rival. Los dos artistas se envidiaban mutuamente, y, a diferencia del de Vinci Miguel Ángel ansiaba medir con él sus fuerzas. La ocasión llegó al esculpir Miguel Ángel su inmortal David, utilizando un enorme bloque de mármol que había sido rechazado por inservible. Ya varios artistas habían intentado convertirlo en colosal estatua; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. Encomendóse, pues, a Leonardo la difícil empresa, y él, ante aquel mármol abandonado durante años y años y estropeado por los cinceles de tantos escultores, declaró que nada podía hacer, a menos que se corrigiesen las deficiencias con la adición de nuevo material. No juzgó así su competidor, sino que acometió la ardua tarea, y con maravillosa destreza cinceló el bloque: aquella piedra, vieja y muerta, nacía a la vida bajo la forma de una de las mayores y más bellas estatuas salidas de manos de escultor alguno. Esta fué una señalada victoria para Miguel Ángel, y podemos asegurar que, a no haber sido por la emulación que existía entre él y Leonardo, no contaría el arte con tan admirable obra maestra.

Aumentó con este motivo la rivalidad entre ambos grandes hombres, y no tardó en presentarse nueva ocasión en que se pusiese a prueba la habilidad de ambos, pues satisfechos los magistrados de Florencia del trabajo de Miguel Ángel en la famosa estatua, y amantes de su bella ciudad, determinaron decorar pomposamente el salón del Concejo, y al efecto decidieron aprovecharse de las circunstancias, poniendo en competencia a los dos artistas para la realización de su proyecto. Encomendaron, pues, a Leonardo la mitad del salón, y el resto a Miguel Ángel. Era el asunto de la decoración las guerras de Pisa, que habían terminado con una gran victoria de los florentinos.

No se le ocultó a Leonardo que si Miguel Ángel había triunfado con la estatua, se le presentaba a él en aquel nuevo trabajo, en que habían de colaborar los dos, ocasión propicia de recuperar los perdidos laureles. Jamás se prepararon caudillos a la batalla con tanta solicitud y ansiedad como estos dos reyes del arte se aprestaron a la nueva empresa. Dondequiera que llegaban noticias de tal pugilato, reinaba el mayor interés y curiosidad, pues pasados los tristes tiempos en que los brutales instintos del asesino, del bandido y del espadachín profesional, priva-

ban y tenían admiradores, comenzaba a nacer en el corazón de las gentes el amor a las artes.

De muy distinta manera interpretaron ambos artífices el asunto. Miguel Ángel, que, aprovechando quizá el ejemplo de Leonardo, había estudiado minuciosamente la anatomía humana, prefirió representar a los soldados desnudos en el agua, queriendo en tal forma demostrar sus aptitudes para reproducir artísticamente el cuerpo del hombre. Leonardo, en cambio, eligió un asunto de más alto vuelo: una gran batalla, en que los ejércitos florentinos quedaban vencedores de sus enemigos. En este tema reconcentró toda su experiencia y todas sus facultades. El ademán de los guerreros, la expresión de sus rostros—valor firme, odio vengativo, mezcla de pavor y de esperanza,—el júbilo del triunfo, la solitaria agonía del herido, el vigor y audacia de los corceles en la batalla; todo combinado artística e inteligentemente, debía hacer de su obra un trabajo sin igual. Pero tan bella concepción no tomó forma completa a los ojos de los mortales. Leonardo no pintó más que los bocetos y los trazados preliminares, invirtiendo en ello dos años; después, viendo que el procedimiento por él escogido era impracticable para pintar en las paredes del salón, desistió de su empeño. Cuanto del trabajo sabemos es debido a algunos dibujos y a datos de quienes vieron los bocetos.

LEONARDO PINTA «LA GIOCONDA»

Era el año 1506 cuando Leonardo, disgustado por el fracaso indicado, se retiró de la palestra dejando en ella a su rival, pero mientras en ella estaba trabajó también en la obra que le ha dado mayor celebridad: el retrato de Monna Lisa, tercera esposa de Francisco del Giocondo, de Florencia. Es éste el más notable de cuantos retratos existen, el más famoso, el más admirado y el que mayor misterio ofrece. Era Monna Lisa una encantadora napolitana; mas ignoramos si su encanto es el que vemos en el retrato, o si la belleza de su rostro allí reflejada es la concepción que el poeta-pintor tuvo de la hermosura femenina. Cuatro años tardó en terminar el famoso cuadro, conocido por *La Gioconda,* y mientras lo pintaba hacíase acompañar en su estudio de alguien que cantase, tocase, o en alguna otra forma divirtiese a la bella dama, a fin de que la obra saliese exenta de melancolía, defecto general de los retratos de aquella época.

Pintó, pues, Leonardo *La Gioconda,* y puso en su rostro una sonrisa, que aun perdura, después de cuatro siglos, para deleite de los admiradores sin cuento que acuden a contemplar el maravilloso cuadro del célebre pintor florentino.

Después de la artística contienda sostenida con Miguel Ángel, visitó Leonardo a Milán, estuvo luego en Roma, y compitió de nuevo con su rival, para la ejecución de la fachada de un edificio de Florencia. Prestó igualmente sus valiosos servicios al rey de Francia, quien le dió por residencia un castillo cerca de Amboise, donde murió el 2 de Mayo de 1519.

De su múltiple labor no queda casi más que el recuerdo, pero nos restan manuscritos suyos en abundancia, muchos diseños y algunos apuntes de sus grandes ideas científicas. El más importante de sus escritos es su *Tratado de la Pintura,* que expone minuciosamente los principios del arte pictórico, y que además de ser una obra modelo, es considerada como un monumento de gloria imperecedera para el genio de uno de los más admirables hombres que jamás han existido.

Leonardo de Vinci fué el primer gran pintor que, esquivando el rutinario ejemplo de sus predecesores y contemporáneos, buscó sus modelos en la Naturaleza viva y real, y los reprodujo tales cuales eran. Dormido en su tumba desde hace cuatro siglos, todavía déjase sentir su influencia en cualquier parte del mundo en que haya amantes del arte y de la estética, pues él es inagotable manantial de belleza, que ha contribuído a formar a muchos de los más célebres artistas que le han sucedido